

# Teatro

LA SEÑORITA JULIA

## STRINDBERG Y LA OBSERVACIÓN DEL INCONSCIENTE

Por María Muro

*El padre*, *Los acreedores* y *La señorita Julia* son tres obras de August Strindberg representativas del naturalismo. Así lo hizo notar el propio Emile Zola. Conviene sin embargo señalar aspectos fundamentales, característicos de un teatro que recrea el mundo visto exacerbadamente, lo que sin duda puede descubrirse en *La señorita Julia*, obra escrita por Strindberg en 1888, y que hoy nos hace reflexionar al presentarse en el Teatro Foro El Juglar, bajo la dirección de Enrique Esquivel.

### Espacio íntimo

Esquivel, en su propuesta escénica de *La señorita Julia*, hace posible que los tres personajes protagonistas tengan un especial relieve, los tres, siguiendo una trayectoria trágica definida, quedan determinados por la vida interior enraizada en la enfermedad. Julia, Jean y Cristine son el empeño constante de una aguda observación dramática.

La realidad del mundo tal como es, puesta sobre el escenario, descubierta por medio de algunas de sus partes, como si quedaran separadas por el bisturí y bajo la mirada a través del microscopio. No sólo, porque el dramaturgo y el director separan y observan la realidad del inconsciente.

*La señorita Julia* es un modelo original de aparente realismo: al ofrecernos la visión aumentada, lo exagerado de lo que miramos, esa apariencia, desde el primer instante de la obra, se transforma en la del drama naturalista. Pero Strindberg da una vuelta más y se desprende de la actitud del científico observador de un objeto separado y crecido perteneciente al

mundo comprobable. El ve el interior del alma y lo descubre, revela eso que sería la subjetividad posible, aproximadamente común a todos los seres humanos: nos revive el inconsciente, la vida real de los sueños cuando se está despierto en las ambiciones, en el engaño existencial, en la compulsión del pensamiento.

Enrique Esquivel toma la interioridad expresada por Strindberg en el texto y la revierte a los actores. Provoca que éstos vivan las experiencias de los personajes, en la estrechez del Teatro Foro El Juglar: el área destinada a los actores es precisamente el corazón, el núcleo espiritual de la intimidad dramática. El director traduce paso a paso las vueltas simultáneas que da Strindberg, del realismo a la objetividad exagerada naturalista y a la penetración subjetiva de la conciencia, a la substancia oculta que en secreto anuncia los signos del expresionismo teatral.

Miramos de cerca a los actores, tanto como puede observarlos la observación aumentada por el microscopio del alma. Entramos a la apariencia de la realidad de los personajes, y encontramos el límite de sus conciencias, donde ocurre el vacío transformado en pasión y en muerte.

### Encarnación del poder y la ambición

En *La señorita Julia* el dramaturgo traza dos figuras cumbres del mal cotidiano que Enrique Esquivel y sus actores nos comunican. Los personajes, mostrándose a través de indicios semejantes a los que

manifiestan los seres humanos en la realidad, quedan profundamente separados del mundo visible. Ciertamente el centro de la acción es la entrega de Julia a Jean, al criado, a quien seduce. No faltan los momentos rutinarios, reales, tales como servir en la casa, lavarse la cara verdaderamente con agua, tomar vino, o experimentar la posesión, el aborrecimiento, el odio; casi en la realidad del teatro, causar el derramamiento de sangre, y la derrota espiritual.

Cristine, la criada, se apasiona, se encela al ser testigo de la atracción que su amante, Jean, motiva en las ilusiones a las que Julia se abandona. Ella y Jean, como Julia, comprenden sus diferencias de clase, la distancia convencional rota por el espíritu de la fiesta a mitad del año. La incompatibilidad social, tomada de los prejuicios de una sociedad endurecida por el empobrecimiento de sus convenciones, permite a Strindberg profundizar en la substancia de la condición humana.

Cristine queda aparte, es testigo, y, como un eco, se compromete con la pasión oscura que padecen Julia y Jean. La de ellos no es una pasión de amor, sino de posesión, de dominio y de inferioridad, alternándose en los dos protagonistas la sumisión y el poder, las ambiciones, la cobardía, la baja. Miramos en el espacio teatral y creemos presenciar las acciones cotidianas e interiores de los personajes de una pieza de teatro. Sucede que en esta obra de Strindberg los personajes ante todo son esencias, principios ideales puestos de bulto frente a nuestras



Emile Zola

miradas. No vemos personajes sino el alma distorsionada de la naturaleza humana.

La proximidad con los actores en ese espacio de El Juglar, favorece que el público reciba el sello de la interioridad y que sienta envolverse con las esencias del mal. La representación de *La señorita Julia* ahí es más que un reflejo del alma humana, más que una proyección de las huellas de soberbia, ambición, abyección y poder de los seres humanos y precisamente de quienes presencian la obra.

Este drama de Strindberg dirigido por Esquivel, desde la propia cercanía del espectador consigo mismo, toca cerca la substancia del poder. El juego de la auto-ridad, esencialmente injusta, y de la cobardía que se rinde en busca del abuso, lo vemos nuestro, como el juego mortal de nuestra inclinación. En este sentido la formación religiosa de Strindberg respecto a la culpa original se convierte en experiencia del espectador.

### El papel de la representación

Materializaciones de nuestra esencia maligna, representando apariencias, de personajes de teatro reflejos de la realidad llevada a su límite, los actores de *La señorita Julia* deben ser en verdad esencia de lo pervertido. Sin extremarse en acciones, en actitudes ridículas de maldad obvia, conservándose manifiestamente apasionados como seres humanos o personajes de la realidad, por los medios del naturalismo ellos han sido



Strindberg

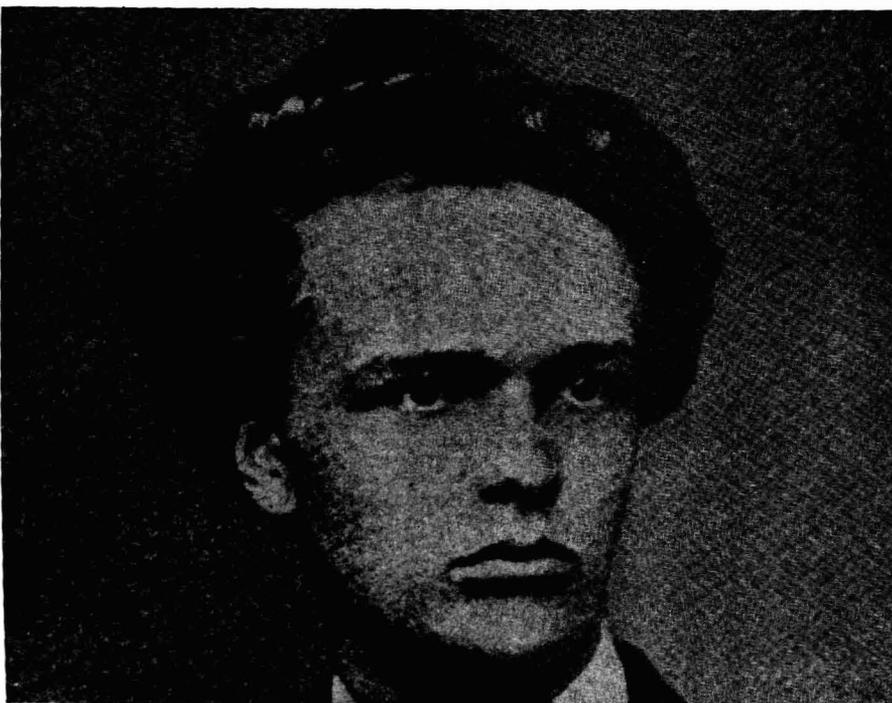
llamados a ser en sí revelación brutal del estado del alma, y a vencer la grave dificultad de representar el espíritu maligno del poder y la sumisión.

El más alto grado de soberbia, mezcla de abuso de autoridad y de autodesprecio, se encuentra representado por Julia, a quien la actriz María Gelia Crespo ha de arrebatarse su significado. El sometimiento es el disfraz con el que Jean, el criado, cubre la usurpación autoritaria, el desprecio y el abuso de quien roba el poder; con el disfraz de Jean debe revestirse el espíritu del actor Rubén Cristiany. A Jennie Ostrosky se le ha designado la posesión de los celos respecto a Cristine, el odio y el deseo de venganza contra su amante y contra su señora. Conviene que no veamos actores sino personajes y que los personajes no sean sino representaciones de realidades esenciales.

Jennie Ostrosky y María Gelia Crespo realizan un alto papel en la conjugación de esta obra de esencias. Rubén Cristiany, al representar al criado usurpador usado y abusivo, no obstante que hace suyo como conciencia propia el significado de su personaje, permite constatar una diferencia entre las capacidades de actuación, masculinas y femeninas: en México suele existir más fácilmente la buena actuación de las mujeres respecto a la que los hombres dejan ver en escena. Probablemente por deficiencias en la interrelación social, los hombres carecen en general de libertad para expresar sus emociones. Si para una mujer resulta prodigioso transformarse realmente en un personaje, y en una esencia, para los hombres dedicados a la actuación en nuestro país esto es poco menos que imposible.

Rubén Cristiany a pesar de la distancia en relación a las dos actrices de *La señorita Julia*, toma la parte de la substancia que le corresponde y da respuesta al poder sobajado de la protagonista. Jennie Ostrosky y María Gelia Crespo, al representar, plenamente se interiorizan y ellas mismas son personajes esenciales en los que Jean se apoya, de modo que la obra toda expresa el signo del poder que cada ser humano puede reconocer dentro de sí.

Al ver *La señorita Julia* podría pensarse que estamos ante una obra construida con prejuicios feministas, machistas, morales, de crítica social. Afortunadamente las actuaciones y las intenciones de la puesta en escena de Enrique Esquivel y del texto mismo de Strindberg no dejan lugar a dudas sobre la materia fundamental de *La señorita Julia*. El tema no es el de las diferencias sociales, tampoco la pasión, o la historia vana y trágica de un amorío. El poder, signo del mal, de la soberbia, del pecado de los seres humanos, es el tema de la obra y es el tema de Strindberg. Este poder se ejerce al dominar y al someterse en el preparativo de la sublevación que luego habrá de dominar. Este poder lo ejerce Julia al maltratar al criado, al entregársele, y lo pierde al ceder el poder a Jean; pero sobre todo Julia ejerce el poder cuando lo sublima tras la decepción al pedir que Jean le dé muerte, sin que el criado obedezca. Ella ejerce el poder en el extremo, cuando todo lo domina al suicidarse. ♦



Strindberg

*La señorita Julia* de August Strindberg. Teatro Foro El Juglar. Con María Gelia Crespo, Rubén Cristiany y Jennie Ostrosky. Dirección: Enrique Esquivel.